



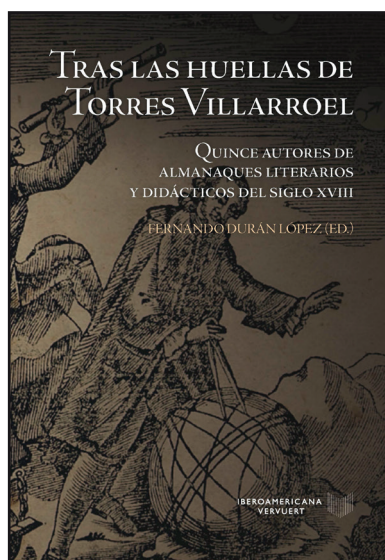
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 28 (2022)

Fernando DURÁN LÓPEZ (coord.) (2022), *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*, Madrid, Iberoamericana Vervuert (La Cuestión Palpitante. Los siglos XVIII y XIX en España, 34), 681 pp.



Decía Víctor Hugo en sus *Miserables* que «todas las situaciones críticas tienen un relámpago que nos ciega o nos ilumina». Materia mucho menos romántica se antoja, desde luego, el mercado editorial, en plena eclosión de todos sus actores durante el siglo XVIII. Con todo, en su carrera hacia las estrategias más gananciosas, los diferentes eslabones de la cadena literaria —asumido su producto como bien de consumo— debían hacer por convertir sus obstáculos en oportunidades, agudeza de ingenio mediante. Desde la década de los veinte, el de los almanaques y pronósticos astrológicos había demostrado ser un nicho de mercado más que seguro en el nuevo traje que Diego de Torres Villarroel le había confeccionado. Esa literaturización jocoseria del género no cesaba de granjear éxitos al salmantino y a las casas editoras más afirmadas del momento. Suyo era el tiempo del almanaque, pero entonces llegó el relámpago. El Gran Piscator de Salamanca era condenado a un destierro que lo tuvo en Portugal por espacio de dos años. Su éxito daba en ausencia y con su partida dejaba un vacío que otros habrían de llenar, sin menosprecio del que siempre sería el maestro. Fueron muchos los que quisieron emular modelo y réditos, con resultado dispar en ambos propósitos. Casi todos se han visto opacados en los estudios de literatura, primero, por el usual desdén con que estos obsequiaron al género, después,

por el torrente de luz de la propia trayectoria torresiana en su paso —inmerecidamente tardío— a los libros de historia. Solo unos pocos, los más destacables, integran el nuevo volumen coordinado por Fernando Durán López: *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*. La monografía publica los últimos resultados del proyecto «Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en España durante el siglo XVIII: estudio, edición y crítica» de la Universidad de Cádiz.

En las casi setecientas páginas que lo componen no hay lugar para sorpresas: el rigor de sus investigadores es tan incontestable como reconocido su saber hacer en esa ardua tarea que es rescatar a unos del olvido de otros. Sí encontrará el lector una herramienta del todo académica, ambiciosa (aunque medida), que aborda desde una prosa amena y clara un contenido novedoso, complejo y multiforme. Sus límites y la lógica que los articula vienen definidos en la presentación, a cargo de Durán López, cuyas agudas reflexiones sobre la literatura como historia colectiva nos invitan a revisar esa cronología de individualizados genios que por tanto tiempo fueron nuestros manuales. Acotar la aportación de Torres a su creación individual —con un estilo que renueva de manera irreversible el espectro de los vaticinios— implica reducirla. Es la huella insoslayable que deja a su paso lo que inaugurará una tradición, cuando «todos se considerarán legitimados primero, y forzados después, a remedar los modos del Gran Piscator de Salamanca» (p. 19). Obligados a dialogar con el modelo de Torres, la estrategia que asumen para ello divide a los nombres atendidos en este volumen en dos partes: «Variaciones» y «Desviaciones». Podrían sumarse otros perfiles, pero en sus trayectorias se han observado motivos de solidez, calidad u originalidad que los destacan. Todos en una horquilla temporal que abarca desde el mencionado destierro de Torres, en 1732, hasta el progresivo decaimiento del almanaque tal y como había triunfado hasta entonces, a partir de 1770.

En las «Variaciones» puede decirse que encontramos, fundamentalmente, a los seguidores, aquellos que se mantuvieron más apegados al estándar del maestro, esforzados en imitar lo que era un valor seguro. Con todo, siempre hay en ellos algún distanciamiento. Francisco León y Ortega inaugura esta primera nómina. María Dolores Gimeno Puyol nos acerca a un autor que adoptó de manera total el modelo torresiano en los diez pronósticos que dio a luz, entre 1733 y 1746. No replicó, sin embargo, la construcción seudónima de un Gran Piscator —con que se adelanta a la tendencia posterior en este sentido—, tomando por título el propósito mismo de su publicación, el *Pronóstico Entretenido*. Su batalla fue la del divertimento y otorgó un espacio considerable a la creación léxica y a la multiplicidad de metros para sus composiciones poéticas. Su lograda mimesis despertó los recelos de Gómez Arias, cuya convivencia con la sombra del Gran Piscator de Salamanca alcanzará cotas más competitivas. Su interés emulador no estaba tanto en el estilo, sino en la figura misma de Torres, con miras a ser tan digno sustituto como para superarlo. Su estrategia, extraída por Durán López del análisis de un complejo corpus que abarca casi veinte años, es la de rebasar la máscara torresiana mediante la exageración del yo piscator. Es una relación que se plantea desde cierta horizontalidad, pues «nunca quiso pasar por su discípulo, sino ser su par, en la controversia o la amistad» (p. 89). Su ataque más frontal llegó en 1744 con el debate por el cometa aparecido ese año, causa de frecuentes desencuentros. Fue la excusa para renovar su oferta de pronósticos, ahora «menguanes» (p. 91), en los que pierden considerable peso los paratextos. Parece que en sus últimas etapas buscó una suerte de reconciliación con el que siempre fue su faro, pero en su constante anhelo por alcanzar al salmantino, nos advierte Durán López, solo halló Arias la réplica más difícil de encajar: su inadvertencia.

Gimeno Puyol también se adentra en este primer bloque en las trayectorias de Alejos de Torres y Tomás Martín. El primero cierra esa tríada inicial de almanaqueiros que

siguen a Torres intentando dialogar de tú a tú con su estela. Alejos principia, además, la posibilidad de modelos híbridos para el pronóstico, que en su caso busca una comunión entre astronomía y religión, estando siempre «Dios sobre todo». Esta condición devota, que Gimeno Puyol estudia también en el gabinete del astrólogo, fue una de las marcas distintivas en sus seis pronósticos conservados, entre 1735 y 1747. Quizá el lector se pregunte si hizo un uso astuto del apellido que le había tocado en suerte, y lo cierto es que tanto este como el título de Gran Piscator aparecen con ambivalencia en algunos de sus textos, a pesar de que la relación familiar con el Torres salmantino queda descartada. En la década siguiente, Tomás Martín, por el contrario, responderá sin remilgos a lo que podemos considerar discípulos en toda regla, aquellos en los que el influjo del maestro es directo y que se responsabilizan de su herencia. Habrán de buscar la forma de alargar su estela, labor nada sencilla cuando tan cerca se está del origen. La del Piscator abulense era una astrología llamada a ser útil y en ese valor residía su mayor defensa. Para este carácter divulgativo, síntoma de una de las predilecciones del género, resultan fundamentales su enfoque académico y su voluntad de desengañar algunos miedos en el pueblo. Este trabajo de Gimeno Puyol tiene, además, el acierto de reafirmar el discurrir paralelo de la producción de Martín respecto a la de los Torres.

Roces de claustro aparte, parece que Tomás Martín e Isidoro Ortiz Gallardo Villarroel compartieron amistad. El del sobrínísimo es un caso algo más conocido, «lázaros y muleta» del Gran Piscator (p. 213), pero cuya producción (1751-1768) él mismo oscureció al adoptar el título de Pequeño Piscator de Salamanca. El segundo trabajo de Durán López para este volumen, uno de los más extensos, viene no solo a explorar minuciosamente las recurrencias entre tío y sobrino, también a iluminar los intentos de independencia del discípulo. Lo cierto es que la sombra de Torres es más alargada en él que en ningún otro, como también se extrae del encontronazo con Campomanes al que lo arrastró la supuesta predicción del motín contra Esquilache en el *Gran Piscator* para 1766. Esta y otras polémicas, como las protagonizadas junto a Andrés Alfonso de Sotos Ochando y Miguel de Jesús María Hualde, sumergen de nuevo a Durán López en ese mar de expedientes de censura en el que es tan ducho. No por ello se resta atención a las marcas propias de Ortiz o a su incursión poética, sin continuación a causa de su prematura muerte.

Completan estas «Variaciones» los trabajos de Claudia Lora Márquez, dedicados a otros dos manifestos discípulos. La de Pedro Sanz es también una producción breve (1746-1749), estrechamente ligada a la Universidad de Salamanca. La asunción del modelo torresiano es completa en él, aspecto del todo honroso para este piscator que ejercerá un ataque frontal a las modernas teorías sobre ciencia, astronomía o medicina. Son pronósticos a los que se traslada la discusión de claustro, donde las ficciones jocosas vehiculan su defensa de los métodos aristotélico y galeno, y cuyo fuerte es la astrología docta, como de manera perspicaz extrae la autora en sus conclusiones, conviviendo «norma y juguete» (p. 174). Con Antonio Romero Martínez Álvaro, Lora Márquez nos invita, además, a observar algunas pinceladas sobre la literatura popular impresa en su amplitud, terreno fecundo para la investigación sobre muchos autores afamados en su tiempo, pero perdidos después. Así ocurre con este piscator de filiación complutense y sus cinco almanaques (1759-1763). El modelo imperante, de nuevo, es adoptado sin apenas reparos, aunque en Martínez Álvaro perderán peso la construcción autorial y la astrología judiciaria, al tiempo que el relato le comerá terreno al cálculo. Se observan un mayor grado de realismo y una preeminencia otorgada a la poesía, incluso en aquellas partes donde *a priori* no se la espera.

Llega el turno de los contradictores. Sus «Desviaciones» no vienen dadas por modificaciones a un modelo en torno al que orbitan, todo lo contrario, dialogan con él desde posturas que verdaderamente buscan ser alternativas. Con ello, se presenta ante el lector

un grupo obligadamente más heterogéneo, aunque sus integrantes acabarán por congregarse en torno a vías futuras para el género. Claro está, de algún punto parte la divergencia, y en el caso de Francisco de Horta Aguilera este apuntala la posibilidad que ya habían arrojado los pronósticos de Alejos de Torres. El hibridismo es la marca y logro de El Ingenio Cordobés, cuya vida y obra se cosen cuidadosamente en el capítulo de Ana Isabel Martín-Puya. Siendo este otro de los más extensos, agradecerá el lector la claridad con la que la autora cruza un vasto conjunto de datos y referencias, facilitados pero también revalorizados en sus tablas relacionales. Horta encontrará su hábitat en los vaticinios con diez pronósticos entre 1738 y 1747, cuyo principal atractivo es saber rentabilizar un modelo *docere delectando*. Para ello servirán sobremana sus «pelendengues», sección destinada a todo tipo de noticias y datos variados (naturales, geopolíticos, filosóficos) que enzarza en sus páginas a los más curiosos.

Casi coincidentes en el tiempo son los cuatro pronósticos de *El Sarrabal burgalés*, Germán Ruiz Gallirgos, en otro estudio cabalmente ejecutado por María Dolores Gimeno Puyol. Lo breve de esta trayectoria contrasta con el éxito que ostentó. «Buen siglo es este para ser escritor» (p. 389), se convencía Gallirgos, lo que conduce a la autora a preguntarse el porqué de su final apresurado. La clave de Gallirgos también está en una marca mixta, anunciada ya en el título (*histórico, genealógico, político...*) que transitó desde los modelos tradicional y torresiano hasta uno más divulgativo. Si en sus páginas finales adivinaron los censores un afán bibliográfico o colector, las introducciones de este Sarrabal evolucionan desde espacios de fantasía a dominios mucho más asentados en la realidad popular.

De los cuatro autores recuperados para este volumen por Joaquín Álvarez Barrientos, Jerónimo Audije de la Fuente demuestra cómo contradecir un modelo no implica ser esquivo con su artífice. Entre otras cosas, porque se ha «hecho astrónomo» (p. 491) por la gracia del mismísimo Torres, con cuyo amparo contará desde los inicios. Pero este piscator «filomatemático», siempre se reivindicó como astrónomo, disciplina que a su entender debía alejarse de lo predictivo. Con el objetivo último de ejercer como divulgador científico y, ante todo, riguroso, el almanaque terminó por convertirse en un espacio inconveniente para Audije, cuyo caso resulta, como con intuición defiende el capítulo, una ocasión de acercarnos a esa Ilustración periférica que también concurre en el almanaque.

El didactismo continúa explotando un espacio cada vez más amplio y paulatinamente más indiferente con la astrología, incluso hasta bien entrada la década de 1770. En este marco, evidenciar la importancia de José Patricio Moraleja y Navarro en la escena española es uno de los grandes objetivos manifiestos del monográfico. Álvarez Barrientos asume este propósito seleccionando con destreza los objetivos y formas que definieron a este divulgador, cuasi periodista, y que refrendan su derecho a entrar en nuestra historia literaria por puertas muy variadas. Poco o nada quiere saber Moraleja de Torres y la astrología, a la que solo se acerca por medio de esa parodia inicial que fue su *Gran Piscator de Caramanchel*. Dotar de utilidad a sus creaciones fue su verdadero proyecto personal, y a esta clave incorpora otra igual en importancia: superar el sino diario del pronóstico para hacer de este un producto durable, de sentido serial y con mirada enciclopédica. Para ello, hizo suyas dos franquicias de éxito, *El jardinero de los planetas* y *El Sarrabal de Milán*, a los que sumó dos piscatores históricos. En todos ellos, «lo exterior del almanaque ampara (u oculta, según) un interior con muchas potencialidades ajenas a la mera predicción, de la que se distanció cuanto pudo» (p. 485).

Representa junto a José Iglesias de la Casa, las dos desviaciones más conseguidas en sentido estricto. No puede negarse el interés de los testimonios recogidos por Álvarez Barrientos para distinguir definitivamente al Iglesias almanaquero del consagrado poeta

salmantino. Siendo ambos hermanos, los dos respondían al nombre de José, pero los separaba una diferencia de veinte años. Los datos encontrados mejoran, así, las conclusiones aducidas sobre este caso en otros trabajos del estudioso. Las de *El piscator historial de Salamanca* (1773-1782) son entregas de corte religioso, evangelizador, pero sobre todo valiosas por su contenido histórico, en concierto con una obra de mayor magnitud que no llegó a publicar. Su verdad debía alejarse de esa «antigua costumbre y rancio abuso con que todos los calendaristas, pronosticadores y almanaqueiros han procurado engañar al público», decía (p. 603). Pero, como ha demostrado Álvarez Barrientos en estudios anteriores, bien vale una imagen para iluminar la actitud del piscator ante su tarea, y para muestra rescata aquí los dos retratos, casi de Corte, que vistieron sus frontis.

Dos son las divergencias para con el modelo torresiano que operan en el espacio de lo ideológico. La historia del clérigo soriano Francisco Martínez Molés, con solo dos entregas de su *Piscator complutense*, lleva de nuevo a Durán López a recomponer las piezas de un episodio convulso. Su almanaque de 1755, que despojaba al modelo de dedicatoria y prólogo, salía con un estilo mesurado y docto. Su inclinación neoclásica queda patente en la introducción, cuya edición anotada se ofrece al lector al final del capítulo. En 1756, por el contrario, la audacia de su juventud le lleva a optar por una sátira moral y escatológica, con un anhelo crítico que no discrimina entre quienes ostentan el poder, pero en cuyas piezas pudieron verse Fernando VI y el ministro Ricardo Wall. Este último hizo de Martínez Molés presa fácil en su guerra contra Juan Curiel y el Consejo de Castilla. El duro proceso desencadenado por esta segunda entrega, que Durán López desgrana testimonio a testimonio, es uno de los grandes atractivos del estudio.

Bartolomé de Ulloa es la última figura que ocupa a Álvarez Barrientos en este volumen. El reputado impresor y librero madrileño encontró en el almanaque algo más que una relación contractual con Torres Villarroel (irremediadamente finiquitada en la polémica por el motín contra Esquilache). En sus piscatores económicos de 1765, 1766 y 1767, ofreció una atrevida y meditada preocupación por Madrid y los problemas de su Corte. Lo hizo en piezas de cierto carácter tratadista, de planteamiento unitario o serial, donde costumbrismo y periodismo se encuentran. Asegura Álvarez Barrientos que «con él el almanaque pierde mucho de lo que hasta entonces lo caracterizó» (p. 589), entre otras cosas, porque en el atrevimiento de sus observaciones económico-políticas lo que también asoma es su distanciamiento de lo astrológico.

El desapego a Urania bien puede llegar por la vía opuesta, la de una literaturización superlativa del almanaque. Es una realidad palpable en algunas muestras de Moraleja, pero el caso de José Julián López de Castro cierra el volumen ofreciendo al lector la ocasión de sumergirse de pleno en esta opción. Alberto Romero Ferrer vuelve a adentrarse en la relación natural entre almanaque y teatro con un variado corpus de piscatores y entremeses en el ecuador de la centuria. De su análisis diferenciado el estudioso extrae de manera clara y certera cómo en este autor, impresor y librero madrileño convergían ambas realidades, incorporándose lo dramático tanto a la estructura como a los motivos narrativos de sus pronósticos. En ambos campos dio buena cuenta de su vena burlesco-festiva, carnavalesca, que partía de una tradición todavía barroca en la que ya emergían las innovaciones del retrato costumbrista.

Vistas las aportaciones individuales de sus autores, es preciso señalar que uno de los mayores logros del volumen está en su concepción colectiva. El empeño por recuperar este «olvidado parnasillo menor» (p. 20) se concreta en un producto académico unitario, valía que no siempre se encuentra en publicaciones coordinadas. En esta han volcado sus investigadores los resultados de una labor esforzada y de importantes dimensiones, donde lo cualitativo y lo cuantitativo saben balancearse tomando como eje la clarividencia. Su

búsqueda de qué hubo más allá de Torres no tropieza con la tentación de empequeñecer al maestro, como tampoco cae en un sencillo ejercicio aglutinador de cada perfil. Ninguno de los quince artículos se aventura huérfano a sus objetivos. De igual forma que ocurrió con las trayectorias que analizan, sus páginas entretejen una sólida y nada fortuita red, apreciable en tres niveles: el de la estructura del volumen, promoviendo un orden lógico de aparición de los almanaqueros dentro de cada parte; el del esquema adoptado por cada capítulo (generalmente, respondiendo a los apartados de vida, interrelaciones, obra, conclusiones); y el de la llamada constante que los diferentes estudios realizan entre sí, al tiempo que se mantienen muy presentes los relevantes trabajos sobre el género que han visto la luz recientemente.

Mención aparte merece la herramienta bibliográfica en la que también se convierte el libro, con aproximadamente 140 referencias primarias que desde ahora podrán ser consultadas fácilmente. Un índice onomástico final contribuye a que escudriñar estas páginas también sea así. Tanto si se trata de poner sobre la mesa a autores desatendidos como de profundizar en investigaciones iniciadas, el archivo y sus tesoros son los que asumen todo el protagonismo. Así, el empeño de una metodología rigurosa sirve al lector para recordar ese intrincado quehacer en el que a veces se torna la búsqueda de respuestas. Con todo, la consecución de datos y testimonios hasta ahora desconocidos no corrompe el norte de toda nueva vía investigadora: asumir tanto los interrogantes (todavía) no resueltos como los horizontes que se abren para futuros itinerarios. En lo que al almanaque dieciochista se refiere, todos ellos tendrán parada obligada en *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII*.

Cristina Rosario MARTÍNEZ TORRES
<https://orcid.org/0000-0001-7733-1383>